

# El peregrino del mundo

*Carlo de Lucia*

## Introducción

«Vuestro camino no se acaba aquí; el tiempo no se para hoy. Id por los caminos de la humanidad, permaneciendo unidos en la Iglesia de Cristo. Continuad contemplando el amor de Dios y seréis iluminados para construir la civilización del amor, para ayudar al hombre a ver el mundo transfigurado por la sabiduría y el amor eternos». Resuenan todavía las palabras que Juan Pablo II dirigió el Domingo 24 de Agosto a más de un millón de jóvenes reunidos en Longchamp, en París, para la XII Jornada Mundial de la Juventud. Estas palabras del Papa confían a los jóvenes una misión que ha de ser llevada a cabo a partir de hoy, en 1997, hasta la próxima cita fijada por el Papa en Roma, en el verano del 2000: el verano del Gran Jubileo.

Se abre, pues, a la esperanza del futuro este año 1997, aunque al fijar el próximo encuentro con los jóvenes, el Papa añadía una frase reveladora: «Quién viva, lo verá»; reveladora de la conciencia de un camino de sufrimientos y de constante tensión. Los problemas del mundo aún son muchos y se entrecruzan con los problemas humanos de cada uno de nosotros. Al establecer con tan serena esperanza la nueva meta dentro de tres años, el Papa manifiesta con su sufrimiento humano también el más completo realismo. Nadie puede pensar, y el Papa mismo lo acaba de demostrar, que el sufrimiento físico que padece y que es visible a todos, pueda bloquear o limitar su actividad y su misión.

Desde el primer momento de su pontificado, Juan Pablo II ha mostrado cómo se proponía interpretar el papel que la Providencia le había confiado. El viaje apostólico, en efecto, además de ser un momento fundamental de la tradición cristiana y apostólica, ha sido retomado como un hecho nuevo, moderno, por los métodos, los instrumentos y los medios de que hoy puede disponer. Y en 1997 el Papa, en estos últimos años tan sometido a dura prueba, ha demostrado cómo sea imprescindible para él esta dimensión de su propio pontificado. En efecto, 1997 se ha caracterizado hasta el presente

por cinco viajes internacionales, algunos de los cuales entre los más difíciles y entre los más anhelados del ya largo pontificado de Juan Pablo II.

Así el 12 y 13 de abril el Papa ha estado por fin en Sarajevo, la ciudad mártir, la ciudad de los cementerios. Del 25 al 26 del mismo mes por tercera vez ha visitado la República Checa. Pocos días después, el 10 y el 11 de mayo, el Papa ha estado en Beirut, la ciudad martirizada por decenios de terrible guerra y de horribles destrucciones. Luego, del 31 de mayo al 10 de junio, una larga estancia en la madre patria, Polonia (el sexto desde el inicio de su Pontificado). En fin, París, que ha marcado la sexta visita pastoral a Francia. Y no es todo. Mientras ya se espera para inicios del año próximo la visita, tan anhelada y tan difícil, a Cuba, última tierra de América Latina que todavía no ha sido besada por él, dentro de poco más de mes y medio, después de clausurar en Italia el Congreso Eucarístico Nacional, del 20 al 28 de septiembre en Bolonia, estará una vez más en América Latina, para una visita breve a Río de Janeiro, del 2 al 6 de octubre, para el Segundo Encuentro Mundial de las Familias. Un año, pues, intensísimo, también por lo que toca a viajes internacionales del Santo Padre. Un año que testimonia cómo junto al sufrimiento que desde hace años lo acompaña humanamente, el Papa no se deja vencer por los años que pasan, sino que, con coraje indómito y con energía inagotable, prosigue a lo largo de los caminos del mundo. Por otro lado, si en París ha invitado a los jóvenes, «amigos míos» los ha llamado, a caminar por los caminos de la humanidad; él, que es siempre joven de espíritu, no puede y no quiere en modo alguno faltar a la que siempre ha considerado su misión fundamental: llevar a Cristo a todas las gentes.

### **Viaje a Sarajevo**

*Svamo smo*, «¡Estamos con vosotros!», es el grito que Juan Pablo II ha repetido en Sarajevo, después de que por tantos y tan largos años lo había gritado en todo lugar y ocasión para recordar al mundo la tragedia que se estaba consumando en la sufrida tierra de Bosnia y de Herzegovina. Se le había impedido al último momento, el 8 de septiembre de 1994, acudir a Sarajevo, reducida ya a ruinas. El mundo recuerda con conmoción aquellos días, como recuerda cuando, desde la ventana de su estudio privado, en el palacio apostólico, el Santo Padre había soltado el 28 de enero de 1996 una pa-

loma de paz: «¡Ve, ve a Sarajevo!». En la tarde del 12 de Abril, en el aeropuerto de Sarajevo que por tantos años había sido la única puerta de entrada a la ciudad en estado de sitio y bajo el fuego cruzado de la artillería, finalmente el Papa ha tocado esa tierra empapada de sangre. Su primer gesto ha sido besar la tierra, que le era acercada a los labios por jóvenes de Sarajevo, y lanzar un grito que él mismo, como todos los pontífices de este siglo, han gritado al mundo entero: «Nunca más la guerra, nunca más el odio y la intolerancia». «Es necesario sustituir la lógica inhumana de la violencia por la lógica constructiva de la paz», afirmó el Papa al llegar.

En seguida, en la catedral del Sagrado Corazón de Jesús, junto con los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas, ha invitado a toda la comunidad católica a lo que es el primer compromiso que espera a las poblaciones de Bosnia y Herzegovina para una efectiva y sólida reconstrucción: «Ha llegado para todos el tiempo de un profundo examen de conciencia, ha llegado el tiempo de un compromiso decidido por la reconciliación y la paz. Hemos de renovar día a día —añadió el Papa— la fatiga del encuentro, preguntando a nuestra propia conciencia no sólo sobre las culpas, sino también sobre las energías que se está dispuesto a invertir para edificar la paz. Hemos de reconocer el primado de los valores éticos, morales y espirituales defendiendo el derecho de todo hombre a vivir en la serenidad y en la concordia, condenando cualquier forma de intolerancia y de persecución basada en ideologías que pisotean la persona en su dignidad inviolable».

También a la comunidad ortodoxa serbia, que acudió a visitarle, guiada por el metropolitano Nicolai, el Papa ha dirigido la misma llamada: «Después de la tristísima guerra, sentimos todos la urgencia de una reconciliación real». Sin embargo, tratándose de un coloquio con hermanos cristianos, el Santo Padre ha querido recordar que «todos somos conscientes de que la paz no puede ser dada por el mundo; por esto nos dirigimos a Cristo y escuchamos una vez más su voz: "las paz os dejo, mi paz os doy". La nostalgia de una paz plena y de una voluntad concreta de edificarla —concluyó el Papa—, unidos al deseo ardiente de una unidad perfecta, guen también hoy nuestros pasos».

A las autoridades políticas, a los miembros de la presidencia con los que se encontró en el museo nacional, el Papa les dirigió un dis-

curso sobre el mismo tema: «El edificio de la paz ha de apoyarse en el coraje y en el perdón; hay que saber pedir perdón y perdonar».

Por otro lado, Izetbegovic, Krajisnik y Zubak, representantes de las tres diversas comunidades, musulmana, católica y ortodoxa, también en la función política que desempeñan, recuerdan a todo el mundo cómo Bosnia y Herzegovina vivan, trágicamente y no como un enriquecimiento, esta particular composición étnica que la historia les ha reservado. «La paz es posible, la paz es necesaria. En la perspectiva histórica Sarajevo y toda la Bosnia y Herzegovina consolidarán en la paz su organización institucional, podrán llegar a ser al final del siglo un ejemplo de convivencia en la diversidad»: es éste el auspicio que el Papa ha dirigido a los miembros de la presidencia y, a través de ellos, a todo el pueblo de la nación.

En la celebración eucarística, en medio de una helada, a ratos intensísima, y bajo una tormenta de nieve que acompañó toda la liturgia de la palabra, el Papa dirigió el mensaje a todos los creyentes bosnios: «Pueblo de Sarajevo y de toda Bosnia y Herzegovina, yo vengo hoy a decirte: Tú tienes un abogado ante Dios, su nombre es Jesucristo, el Justo. En Él todos tienen un abogado ante Dios, tantos muertos cuyas tumbas se han multiplicado en esta tierra, los que son llorados por las madres, por las viudas, por los hijos huérfanos. ¿Quién otro puede ser abogado ante Dios de estos sufrimientos y de estas pruebas? ¿Quién puede leer hasta el fondo esta página de vuestra historia, naciones balcánicas, de tu historia, Europa?».

Al *Regina coeli*, el mensaje del Papa se dirigió a toda Europa, abrazando a todos los pueblos y naciones: «Desde esta ciudad símbolo, llegue a todos los pueblos europeos el llamamiento para un empeño solidario por el camino de la paz».

Y a los obispos, encabezados por el cardenal Vinko Puljic, pastor ejemplar de la arquidiócesis de Sarajevo, el Papa dirigió un mensaje de seguridad: «Estamos con vosotros y estaremos siempre con vosotros para sostener vuestros esfuerzos por edificar la comunidad cristiana». Sabemos cómo ha sido dispersa la comunidad católica casi en su totalidad. Las terribles consecuencias de la limpieza étnica han marcado profundamente la comunidad de Sarajevo. El Papa ha querido recordar también las otras comunidades: la hebrea, reducida hoy día a poquísimos representantes: «La paz es don del Altísimo, pero es también tarea del hombre». Y a la comunidad is-

lámica, predominante en Bosnia y Herzegovina: «Es el momento de reanudar un diálogo sincero de fraternidad».

El Santo Padre decidió entregar personalmente el premio internacional de la Paz «Juan XXIII» a las cuatro organizaciones humanitarias que se han señalado por su acción en favor del pueblo bosnio: la Caritas católica, la Merhamet musulmana, la Dobroztvo serbo-ortodoxa y la Benvolencija hebrea. El auspicio es que de estas obras de caridad y de solidaridad pueda nacer un futuro mejor para toda Bosnia y Herzegovina. La cercanía de la Iglesia universal al pueblo de Bosnia y Herzegovina ha sido reafirmada por el mismo Papa en el momento de la partida: «Estoy espiritualmente con vosotros, con vuestras familias, con vuestras comunidades».

### **Viaje a la República Checa**

Cumpliendo con una promesa hecha al pueblo de Praga hace dos años tan sólo, Juan Pablo II ha regresado a la República Checa entre el 15 y el 17 de abril, para participar en las celebraciones solemnes por el milenario de San Adalberto de Praga, primer obispo de sangre eslava de la estupenda capital bohemia. Un santo especialmente querido para Juan Pablo II, porque fue el gran apóstol y evangelizador de Polonia. Otros motivos de esta visita han sido el cumplimiento del decenio de la fe y de la renovación espiritual, proclamado por el gran arzobispo de Praga, el Cardenal Frantisek Tomasek, muerto en 1991, y el primer año del solemne período de preparación de la Iglesia bohemia al Gran Jubileo del Año 2000.

El Papa se ha detenido especialmente en un tema de particular importancia en los países de la Europa ex comunista. «Desafío para el anuncio del Evangelio es el hedonismo que ha hecho irrupción en estas tierras desde países limítrofes, contribuyendo a hacer penetrar la crisis de los valores en la vida cotidiana, en la estructura de la familia, en el mismo modo de interpretar el sentido de la existencia». Es un tema que se está convirtiendo en uno de los problemas más desgarradores que se presentan a la conciencia y responsabilidad de los pastores de la Iglesia. En efecto, el derrumbe del comunismo, el vacío espiritual que se creó en los países del centro y del este de Europa ha provocado la irrupción, con todos los medios, especialmente los de la comunicación de masas —la televisión—, de

modelos occidentales, del consumismo más desenfrenado y del hedonismo.

Ahora, ante los obispos, no existe ya la persecución por parte de la autoridad, pero existe el más sutil envenenamiento de las conciencias, llevado por el sistema económico propagandista y consumista, importado de Occidente.

En la primera misa celebrada durante este nuevo viaje en la República Checa, en la gran plaza de Hrade Kralove, el Papa confía a las nuevas generaciones una consigna que hace eco al que será el tema dominante del encuentro que acaba de concluirse en París, en la Jornada Mundial de la Juventud: «Llevad a Cristo en el Tercer Milenio; superando los confines del egoísmo con el amor de Cristo, seréis los constructores de la nueva Europa y del mundo futuro». ¡Hermosa la consigna confiada por el Papa a los jóvenes!: «Pedid al Espíritu Santo que manifieste su presencia en vuestra vida. A mí la experiencia del Espíritu Santo me fue transmitida de modo particular por mi padre, cuando tenía yo vuestra edad; si me encontraba en alguna dificultad, él me recomendaba que invocara al Espíritu Santo. Esta enseñanza suya me ha indicado el camino que he seguido hasta el día de hoy».

El gran momento de esta peregrinación fue la misa celebrada en la explanada de Letna, en Praga, la mañana del domingo 27 de abril, en honor de San Adalberto. La perspectiva del Gran Jubileo del 2000 se reveló con toda su fuerza profética. ¡Cuántos sufrimientos en la historia de la Iglesia en Bohemia! Ahora, en la libertad recuperada y en la confianza de que un patrono como San Adalberto y la memoria de grandes obispos como Beran y Tomasek, acompañe y esté siempre presente en la vida de la Iglesia, el camino del pueblo de Dios de la nación checa se abre confiadamente hacia la meta del tercer milenio. En el evangelio que fue llevado por San Adalberto está el compromiso para los católicos de hoy. El mismo San Adalberto es un santo para los cristianos de hoy, los invita a abrirse a la sociedad actual para purificarla a la luz del Evangelio. En la homilía dirigió el Papa a los fieles algunas preguntas muy apremiantes: «En la perspectiva del Gran Jubileo del año 2000 —decía— esta celebración pone no sólo a los ciudadanos de la nación checa, sino a todos los que veneran al Santo mártir como padre en la fe, algunas preguntas concretas: ¿Qué ha sido del patrimonio espiritual por él dejado? ¿Cuáles han sido sus frutos? ¿Sabrán los cristianos de hoy

encontrar en la enseñanza y ejemplo de su gran patrono la inspiración y el estímulo para alcanzar eficazmente la edificación de la nueva civilización del amor?».

El tema del respeto de las propias tradiciones, para no permitir que sean asfixiadas por las nuevas modas, vuelve en el momento del *Regina Caeli*: «En verdad aquí el Evangelio no ha sido predicado en vano; vuestra historia cristiana no ha terminado, vuestros santos no callan».

Las mismas cuestiones se repiten en la oración ecuménica; en la catedral de San Vito se encontró el Papa con los representantes de tantas confesiones cristianas bohemias, tan antiguas como gloriosas: «El Santo obispo Adalberto —decía el Papa— hizo de la unidad de su grey el objetivo, el esfuerzo, el tormento de su vida; a él cabe el mérito de haber forjado en la aspiración a la unidad pueblos tan diversos de Europa. Hoy, siguiendo su ideal, repito también desde esta catedral las palabras que he dirigido al país hace dos años en Olomouc, cuando en nombre de la Iglesia de Roma, pedí perdón por los yerros cometidos contra los no católicos y, al mismo tiempo, aseguré el perdón de la Iglesia católica por los sufrimientos que sus hijos han sufrido».

Y al despedirse, vuelve el tema de los nuevos mitos que han invadido la República Checa desde Occidente: «No creáis en la fascinación ilusoria de los mitos consumistas. Sólo el desarrollo de las virtudes morales asegura una serena convivencia».

No a caso el presidente Havel, saludando a aquel Papa que siempre demostró particular afecto a la tierra y al pueblo bohemio, ha querido agradecerle porque «su visita ha despertado en nosotros la mejor parte». Como auténtico hombre de cultura, Havel ha entendido cuán precisa y bien motivada haya sido la invitación del Papa dirigida a sus compatriotas.

### **Visita a Beirut**

Y después de haber celebrado con San Adalberto la historia espiritual de todo el continente europeo, el Papa ha dirigido su atención a una tierra asiática tan querida y sufrida, el Líbano. El 10 y 11 de mayo, por fin, se realizó el sueño, mejor dicho, el proyecto tan

anhelado y cultivado, de la visita a Beirut, ciudad multiétnica, multirreligiosa, ciudad que en años lejanos fue símbolo de la ingeniosidad, de la convivencia pacífica, de la laboriosidad de un pueblo y que por tantos años ha sido como Sarajevo (pero por mucho más tiempo que Sarajevo), el símbolo mismo del odio, la división y la intolerancia.

El Papa ha podido poner pie en una tierra ya pacificada, aunque a costa de grandes sacrificios (como es el sacrificio de la libertad). El Papa puso pie en esta ciudad, símbolo de las contradicciones del mundo contemporáneo, para llevar al pueblo libanés la exhortación apostólica postsinodal, titulada «Una esperanza nueva para el Líbano», documento que concluye oficialmente la grande asamblea sinodal celebrada en el Vaticano entre noviembre y diciembre de 1995. El documento es particularmente significativo. «Una esperanza nueva para el Líbano» ha sido confiada a los patriarcas, obispos, clero y personas consagradas, y a todos los fieles laicos del Líbano, con miras al año 2000.

Al llegar a Beirut y besar con gran emoción la tierra libanesa, el Papa recordó cómo la cruz sufrida por el Líbano ha sido la cruz de toda la Iglesia: «Durante los años de guerra, he seguido atentamente con toda la Iglesia los momentos difíciles vividos por el pueblo libanés y me he asociado con la oración a los sufrimientos que soportaba. Desde este momento, cada uno es invitado a empeñarse por la paz, por la reconciliación y por una vida fraterna». Se trata de una invitación a todos los libaneses a abrir con confianza una página nueva de su historia. «En numerosas circunstancias, desde el inicio de mi pontificado —ha recordado el Papa— he invitado a la comunidad internacional a ayudar a los libaneses a encontrar la paz, dentro de un territorio nacional reconocido y respetado por todos y a favorecer la reconstrucción de una sociedad de justicia y de fraternidad».

A los jóvenes reunidos dentro, pero sobre todo fuera del famoso y grandioso santuario de Harissa —eran tan numerosos que no pudieron entrar todos— el Papa declaró solemnemente: «Yo os pongo como testigos y depositarios del mensaje de renovación del que el Líbano tiene tanta necesidad». Precisamente al final del encuentro, el Papa firmó el documento postsinodal. Luego, un nuevo un grito, una esperanza, un anhelo: «No levantéis nuevos muros en vuestro país; construid puentes entre las personas, las

familias, las diversas comunidades. Toca a vosotros hacer caer los muros que hayan podido erigirse durante el período doloroso de la historia de vuestra nación; así nacerá una nueva fraternidad y se tejerán sólidos vínculos, puesto que para la reconstrucción del Líbano el arma principal y determinante es la del amor».

El domingo 11 de mayo por la mañana, la gran celebración eucarística, en Beirut, en la explanada de la base naval: «estoy seguro —ha gritado el Papa—, que los sufrimientos de los años pasados no serán en vano; fortificarán vuestra libertad y vuestra unidad». De esta misa queda en el recuerdo de modo particular la oración final al Espíritu Santo: «Espíritu de Dios, tú que eres llamado Consolador, fuente viva, fuego, caridad, manifiesta en este pueblo los frutos esperados de la Asamblea sinodal; Espíritu de luz y de amor, sé para los hijos y las hijas del Líbano manantial de fuerza, de vigor espiritual, especialmente en esta hora histórica, en el umbral del tercer milenio cristiano». Al *Regina caeli* una vez más el Santo Padre se ha confiado a Nuestra Señora del Líbano: «Vela sobre todo el pueblo de esta tierra tan atribulada».

Al despedirse, frente a los representantes de las autoridades estatales y de las varias comunidades, el llamamiento ampliado a todos los poderosos del mundo, a todas las instancias internacionales: «Que sean garantizadas en Oriente Medio la soberanía, la legítima autonomía, la seguridad de los Estados y respetados el derecho y las aspiraciones de los pueblos». En esta tierra tan castigada, por ser encrucijada de grandes culturas, de grandes pueblos, de grandes intereses, ha de reinar la paz, la solidaridad auténtica, y todas las instancias mundiales han de cumplir su deber para asegurar a esos pueblos lo que necesitan. Es lo que ha recordado el Papa el miércoles siguiente en la audiencia general, al repasar con los fieles su breve peregrinación tan significativa: «La paz es la misión fundamental del Líbano, en su interior y en la gran familia de las naciones».

### **Viaje a Polonia**

Rico, complejo y articulado ha sido el itinerario que del 31 de Mayo al 10 de Junio ha llevado a Juan Pablo II a Polonia, en su sexto viaje apostólico a su propia tierra. Los temas de esta larga peregrinación han sido expuestos por el Santo Padre en el momento

mismo de la llegada, después del magnífico saludo inicial: «Te saludo, Polonia, patria mía. Nada que se refiera a ti me es extraño». El recorrido de esta peregrinación es muy rico —dijo en esta ocasión—. Sus etapas principales están determinadas por tres ciudades: ante todo, Wroclav, que acoge el XL Congreso Eucarístico Internacional; la segunda etapa, es la antiquísima Gniezno, en el año en que la Iglesia de Polonia celebra el Milenio del martirio de San Adalberto; y al fin, Cracovia, es decir, el sexto centenario de la fundación Jagelónica, de la universidad y, en particular, de la facultad de teología, gracias a los esfuerzos de la Beata Eduvigis, reina.

El primer momento después de su llegada fue dedicado a la adoración del Santísimo en la catedral de San Juan Bautista: «Estamos aquí, en Wroclaw, para confesar con toda la Iglesia al inicio del tercer Milenio nuestra fe en Cristo Eucaristía». La conclusión del Congreso Eucarístico Internacional, que llevó a la antigua ciudad polaca miles de peregrinos, permitió al Santo Padre dirigir una nueva llamada en el momento de la *statio orbis*. «De la Eucaristía, el orden de la libertad y de la solidaridad interhumana». «La Eucaristía es unidad no sólo de la Iglesia; la Eucaristía es también momento unificante, de comunión de todo el género humano».

Lo había dicho también en la oración ecuménica de la tarde del sábado 31 de mayo: «Suena una grande hora. No basta la tolerancia: Cristo espera de nosotros un signo legible de unidad». También aquí la Eucaristía está en primer plano. A los sacerdotes recordó que «no hay sacerdocio sin Eucaristía así como no hay Eucaristía sin sacerdocio», y, en fin, a las diversas delegaciones que participaban en el congreso eucarístico, el Papa recordó que «en Wroclaw se ha formado un gran cenáculo, en el cual todos los creyentes están reunidos en una mesa común en torno a Cristo».

En la misa celebrada en el aeropuerto de la ciudad, el Papa recordó que «la Iglesia continúa la misión de Cristo de llevar al mundo la nueva justicia». El tema de la justicia es particularmente querido e importante para el Papa; a los laicos, especialmente, a las familias ha recordado que «es tarea de los cristianos de este tiempo llevar la luz de Cristo a la vida cotidiana». Los ha exhortado a no tener miedo, a asumir las responsabilidades de la vida social, «id con valor hacia el mundo».

Sobre la tumba de San Adalberto, en Gniezno, el Papa finalmente retomó el tema que tanto le preocupa y que es congenial a la unidad y a las comunes raíces espirituales de Europa, porque Adalberto ha sido en verdad un santo evangelizador de Europa: «Sólo con Cristo se puede construir la nueva casa de Europa», ha recordado el Santo Padre. Habiendo puesto este gran Santo Adalberto, con su vida y sus obras, las bases de la identidad y unidad europeas, el Papa, en su nombre y en su memoria, dio gracias a Dios por el gran don de la libertad concedido a las naciones de Europa. «Ha concluido medio siglo de separación por la cual los habitantes de Europa central y oriental pagaron un precio terrible. No habrá unidad de Europa mientras no se funde en la unidad del espíritu; los fundamentos de la identidad de Europa están contruidos sobre el cristianismo y la falta actual de solidaridad espiritual brota principalmente de la crisis de su autoconciencia cristiana».

«¡Abrid las puertas a Cristo!», retomando el grito lanzado al inicio de su pontificado, el Papa ha dirigido una vez más el esperanzado mensaje: «¡No tengáis miedo! Sin Cristo no es posible comprender al hombre y sin Cristo no es posible construir una unidad durable. El muro que se alza en nuestros corazones no será abatido sin la vuelta al evangelio». Después del derrumbe de los muros de cemento y de alambre espinado, deben caer los muros que dividen nuestro corazón.

Siguiendo en su peregrinación por los caminos de Polonia, el Papa ante el Santuario de San José de Kalisz, gran sostenedor de la causa de la defensa de la vida humana desde el primer momento de la concepción hasta la muerte natural, ha lanzado un llamamiento vibrante para que la vida sea salvaguardada con todos los medios. «Una nación que mata a sus propios hijos —ha afirmado con las mismas palabras vigorosas pronunciadas en octubre de 1996—, es una nación sin futuro. La Iglesia al defender el derecho a la vida, apela a un nivel más amplio, más universal que obliga a todos los hombres. El derecho a la vida no es cuestión de ideología, no es un derecho religioso; es un derecho del hombre: el derecho más fundamental del hombre».

A los jóvenes presentes en Poznan ha lanzado una advertencia: «¡No os dejéis esclavizar!». Ante las cruces del monumento a los obreros asesinados, a las víctimas de la represión de 1956 (revuelta de Poznan), el Papa ha recordado: «Quería venir a este monumento

en 1983, cuando visité la ciudad como Papa la primera vez, pero entonces me fue negado el permiso de rezar bajo las cruces de Poznan. Me alegro de poder hoy, junto con vosotros, representantes de la joven Polonia, arrodillarme ante este monumento, rendir homenaje a los obreros que dieron su vida en defensa de la verdad, de la justicia y de la independencia de la patria».

Una vez más en este viaje el Papa pudo recogerse en oración ante la imagen de la Virgen de Czestochowa, en el santuario de Jasna Gora: «Madre, traigo a tus pies toda la Iglesia; aquí traigo toda la humanidad, confío a tu intercesión la preparación del Grande Jubileo».

El viernes 6 de junio, en el extraordinario y sugestivo escenario natural de las montañas de Zakopane, más de quinientas mil personas participaron en la misa solemne de beatificación de las Madres María Bernardina Jablonska y María Karłowska, dos mujeres que se consagraron al servicio de los más débiles. Bernardina por amor a Cristo se entregó con amor heroico a los más pobres, enjugando toda lágrima; María, por su parte, anunciando el corazón de Jesús, ha sido una auténtica samaritana entre las mujeres afligidas por miseria material y moral. La cruz fue el tema de la homilía y el Papa se dirigió con fervor a sus compatriotas diciendo: «Queridos hermanos y hermanas, no os avergoncéis de esta cruz; tratad de aceptarla cada día y de corresponder al amor de Cristo. Defended la cruz y no permitáis que el nombre de Dios sea ofendido en vuestros corazones, en la vida familiar o social. Damos gracias a la divina Providencia porque el Crucifijo ha vuelto a entrar en las escuelas, en las oficinas públicas, en los hospitales: que permanezca, que nos recuerde nuestra dignidad cristiana y también nuestra identidad nacional, lo que somos y hacia dónde vamos y de dónde son nuestras raíces. Que él nos recuerde el amor de Dios por el hombre, que en la cruz encontró su expresión más profunda».

Un momento muy emocionante lo vivió el Papa con la bendición del santuario del Inmaculado Corazón de María, erigido por la población de Kzreptowki y de toda Zakopane como señal de agradecimiento a Dios por la vida del Papa después del atentado del 13 de mayo de 1981. El Papa volvió a los pies de la Virgen y depositó nuevamente su corazón filial y agradecido en el corazón de la Madre, corazón siempre abierto al hijo, al que jamás pierde de vista y

en quien siempre piensa. «Aquí, en este santuario, quiero una vez más agradecer a Nuestra Señora de Fátima».

A los padres de familia dirigió una invitación: «Padres, no renunciéis al derecho-deber de educar a vuestros hijos, no cedáis este derecho a las instituciones, no os dejéis engañar por la tentación de asegurar a vuestros hijos las mejores condiciones materiales a costa de vuestro tiempo y de vuestra atención. Si queréis defender a vuestros hijos contra la desmoralización y el vacío espiritual, propuestos a veces incluso en los programas escolares, dadles el calor de vuestro amor paterno y materno y dadles ejemplo de vida cristiana».

Fue solemne y grandiosa la gran asamblea reunida en Cracovia, en la amplia explanada en la periferia de la ciudad. En la celebración solemne el Papa proclamó santa a Eduvigis, reina de Polonia: «Santa nuestra, reina Eduvigis, enséñanos hoy, a las puertas del tercer Milenio, la sabiduría y el amor con el que has hecho el camino de tu santidad. Condúcenos a todos nosotros, Eduvigis, ante el crucifijo de Wawel para que conozcamos como tú qué cosa quiera decir amar en obras y en verdad; qué cosa quiera decir ser libres en verdad. Toma bajo tu protección a tu nación y a la Iglesia que la sirve e intercede por nosotros ante Dios, para que no acabe en nosotros la alegría. Alégrate, Madre Polonia, *gaude, Mater Polona!*».

A los obispos recordó el grave compromiso que tienen de garantizar en la Iglesia espacios al hombre, porque sólo en este espacio de la Iglesia él podrá defenderse del mal uso de la propia libertad.

En la celebración del sexto centenario del Alma Mater Jagelónica, el Papa quiso poner en guardia sobre el relativismo ético que representa no sólo un peligro para la ciencia, sino también para el hombre de modo directo y para la vida de la sociedad. «Hoy se me presentan ante los ojos —continuó diciendo el Santo Padre— ante todo los años de las luchas dramáticas por su existencia en el período de la dictadura comunista. He participado en ellas personalmente como arzobispo de Cracovia; aquél período doloroso merece bajo punto de vista una documentación cuidadosa y un estudio histórico profundo». Visitando el hospital que lleva su nombre, el Papa elogió a cuantos luchan y trabajan cotidianamente por la vida: «Alabo a cuantos ponen la ley divina "no matarás" sobre cuanto admite la ley humana».

En la homilía de canonización de Juan de Dukla, el Papa exhortó a los polacos a no permitir que se les despoje de su dignidad cristiana. «Hoy rindo homenaje a las manos del pueblo polaco que trabajan la tierra, a estas manos que de la difícil tierra dura sacan el pan para el país; en los momentos de peligro están prontos a guardarlo y defenderlo. Hoy nuestra patria —prosiguió el Papa— tiene necesidad del laicado católico. Hay necesidad de laicos que comprendan la urgencia de una constante formación en la fe. ¡Cuán oportunamente le ha sido restituida la vida eclesial a la Acción Católica en tierra Polaca!».

El tema de las raíces cristianas volvió en el saludo conclusivo de la peregrinación del Papa, el 10 de Junio. «Polonia fiel a sus raíces, Europa fiel a sus raíces. La fidelidad a las raíces no significa una reproducción mecánica de los modelos del pasado —dijo Juan Pablo II—. La fidelidad a las raíces es siempre creativa, dispuesta a bajar a lo profundo, abierta a los nuevos retos, sensible a los signos de los tiempos. Se expresa también en la solicitud por el desarrollo de la cultura patria, en la cual el elemento cristiano ha estado presente desde el inicio».

### **París: celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud**

Henos aquí ante el primer viaje de este verano que ya concluye: la peregrinación a París para la celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud. Y a París con el bastón del peregrino y de los buscadores de Dios, de los artesanos de la paz, ha ido el Papa junto con otros cientos de miles de jóvenes a los cuales ha sabido ofrecer un itinerario de esperanza hacia el mundo del nuevo Milenio.

Una visita breve, simple, uno de cuyos momentos culminantes ha sido la canonización de Federico Ozanam, fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl. La celebración tuvo lugar en la histórica catedral de Nôtre Dame. «Un hombre que ha tenido el valor lúcido de un empeño social y político de primer orden en una época agitada en la vida de su país. Ninguna sociedad puede aceptar la miseria como una fatalidad sin que su honor sea mancillado». Y recordó a todos que servir, como lo ha hecho Federico Ozanam, es el camino hacia la santidad. «Sed como una carta de Cristo enviada por el Espíritu Santo para proclamar el Evangelio hasta los extremos

confines de la tierra». ¡Expresión tan significativa como original! Es el tema que ha vuelto a proponer en los encuentros de la vigilia, en el hipódromo de Longchamp y en la grandiosa Misa conclusiva del encuentro mundial.

«Jóvenes, amigos míos, id por los caminos de la humanidad». es un mensaje cargado de esperanza, de optimismo, sereno y lúcido. «¿Sabéis lo que realiza el bautismo en vosotros? Dios os reconoce como hijos suyos y transforma vuestra existencia en una historia de amor con El. Os hace conformes a Cristo para que podáis realizar vuestra vocación personal. El bautismo es señal de que Dios nos ha alcanzado en el camino, que ha hecho bella nuestra existencia y que transforma nuestra historia en una historia santa. Sin embargo, queridos jóvenes, vuestro camino no termina aquí; el tiempo no se detiene hoy. Id por los caminos del mundo, por los caminos de la humanidad, permaneciendo unidos en la Iglesia de Cristo».

Al concluir este gran encuentro, el Papa dio a los jóvenes de todo el mundo dos noticias, esperadas y no por ello menos emocionantes: el domingo de las misiones, 19 de octubre, el Papa proclamará Doctora de la Iglesia a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Y el anuncio del próximo encuentro, en el verano del año 2000. Fue hermosísima la acogida que a estas dos noticias dio la admirable asamblea que invadió el prado del hipódromo: aplausos prolongados, también cuando el Papa, antes de abandonar el altar, dijo: «Hasta la vista en Roma. Gracias por las espléndidas jornadas de París. Hasta la vista en Roma. *Chi vivrà, vedrà*» (Quien viva, lo verá).

No es tiempo ahora para analizar el significado de esta frase del Papa. Es la hora de una nueva marcha. Dentro de unos días tendrá lugar una visita breve, pero intensa, al Congreso Eucarístico Nacional Italiano, en Bolonia. Luego, a inicios de Octubre, la visita a Río de Janeiro para el Segundo Encuentro Mundial de las Familias. Después, en Enero de 1998, Cuba. *Chi vivrà, vedrà*; pero estamos ciertos que todavía veremos y hablaremos de otros muchos viajes del Santo Padre.

